

CUENTOS ESCOGIDOS

Tour de force, 11

Shirley Jackson

Cuentos escogidos

Traducción de Paula Kuffer

editorial  minúscula
BARCELONA

Procedencia de los textos: *The Lottery and Other Stories* y *Come Along With Me. Classic Short Stories and an Unfinished Novel.*
Copyright © Shirley Jackson, 1948, 1949

Selección de los textos: Editorial Minúscula

© de la traducción: 2015 Paula Kuffer
Revisión: Marta Hernández Pibernat

© 2015 Editorial Minúscula, S. L.
Sociedad unipersonal
Av. República Argentina, 163
08023 Barcelona
minuscula@editorialminuscula.com
www.editorialminuscula.com

Primera edición: diciembre de 2015

Diseño gráfico: Pepe Far
Imagen de la cubierta: © Erich Hartmann. (Detalle.)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona
Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-943539-7-0
Depósito legal: B-27.243-2015

Printed in Spain

Cuentos

A mi madre y a mi padre

El amante demoníaco

No había dormido bien; desde la una y media, después de que Jamie se fuera y ella se metiera lánguidamente en la cama, hasta las siete, cuando se permitió levantarse y preparar café, había dormido mal, se había estado despertando por los nervios, quedándose con los ojos abiertos en la penumbra, recordando una y otra vez, sumergiéndose a cada rato en un sueño febril. Estuvo casi una hora con el café —iban a desayunar como es debido en el camino— y después, a no ser que quisiera vestirse antes de tiempo, no tenía nada que hacer. Lavó la taza e hizo la cama, mientras repasaba con cuidado la ropa que había planeado ponerse, preocupándose innecesariamente, desde la ventana, por si haría un buen día. Se sentó a leer, pensó en escribirle una carta a su hermana, y empezó, con su mejor letra: «Queridísima Anne, cuando recibas esta carta, me habré casado. ¿No te parece divertido? Ni yo misma puedo creerlo, pero cuando te cuente cómo sucedió, verás que es aún más raro...»

Sentada, con el bolígrafo en la mano, vaciló sobre qué decir a continuación, leyó las líneas que había escrito y rompió la carta. Fue hasta la ventana y vio que era un día innegablemente bonito. Pensó que quizá no debía ponerse el vestido azul de seda; era demasiado sencillo, casi serio, y ella quería estar dulce, femenina. Empezó a buscar ansiosa en-

tre los vestidos del armario y dudó ante uno estampado que ya había llevado el verano anterior; era demasiado juvenil para ella, y tenía el cuello de volantes, y todavía era pronto para ponerse un vestido estampado, pero aun así...

Colgó los dos vestidos uno al lado del otro en la parte de fuera de la puerta del armario y abrió las puertas de vidrio que estaban cuidadosamente cerradas ante el pequeño armario que era su cocina. Encendió el quemador de debajo de la cafetera y fue hasta la ventana; hacía sol. Cuando la cafetera comenzó a hacer ruido volvió y se sirvió un café, en una taza limpia. Me dolerá la cabeza si no como algo sólido pronto, pensó, todo este café, demasiado tabaco sin haber desayunado nada. Dolor de cabeza el día de su boda; fue a buscar la caja de aspirinas al armario del cuarto de baño y lo metió en su bolso azul. Iba a tener que usar el bolso marrón si se ponía el vestido estampado, y el único bolso marrón que tenía estaba gastado. Se quedó mirando con impotencia el bolso azul y el vestido estampado, y luego dejó el bolso, fue a buscar el café y se sentó junto a la ventana, bebiendo café y escudriñando el apartamento de un solo ambiente. Tenían pensado volver allí aquella noche y todo debía estar en su lugar. Con súbito horror, se dio cuenta de que se había olvidado de poner sábanas limpias en la cama; acababa de recibir la ropa de la lavandería y cogió unas sábanas limpias y fundas de almohada de la estantería superior del armario y deshizo la cama, actuando con rapidez para evitar pensar a conciencia por qué estaba cambiando las sábanas. Era una cama plegable, con una funda para darle aspecto de sofá, y después de hacerla nadie sabría que acababa de poner sábanas limpias. Cogió las sábanas y las fundas de almohada sucias y las llevó al cuarto de baño, las metió en el cesto, y también metió en el cesto las toallas

de baño y puso toallas limpias. Cuando volvió, el café estaba frío, pero se lo bebió de todos modos.

Al mirar por fin el reloj, vio que eran más de las nueve y empezó a darse prisa. Se bañó, usó una de las toallas limpias, la metió en el cesto y la reemplazó por otra limpia. Se vistió con cuidado, con ropa interior limpia y la mayor parte nueva; metió todo lo que había usado el día anterior, incluyendo el camisón, en el cesto. Una vez lista para ponerse el vestido, se quedó dudando frente a la puerta del armario. El vestido azul era, sin duda, recatado, y sobrio, y muy favorecedor, pero ya se lo había puesto varias veces para salir con Jamie, y no tenía nada que lo hiciera especial para un día de boda. El vestido estampado era más que bonito y Jamie no lo conocía, pero un estampado así con el año recién comenzado era adelantarse a la temporada. Al final pensó, hoy es el día de mi boda, me puedo vestir como quiera, y descolgó el vestido estampado. Cuando se lo puso por la cabeza, sintió su frescura y ligereza, pero cuando se miró al espejo recordó que los volantes del cuello no le quedaban muy bien, y la falda con tanto vuelo parecía hecha irresistiblemente para una muchacha, para alguien que la hiciera correr libremente, bailar, contonearse con las caderas al andar. Mientras se miraba al espejo pensó con asco, es como si estuviera intentando estar más bonita de lo que soy, solo por él; pensará que quiero parecer más joven porque se está casando conmigo; y se quitó tan rápido el vestido estampado que rompió una costura bajo el brazo. Con el viejo vestido azul se sentía a gusto y cómoda, pero insulsa. Lo importante no es lo que llevas puesto, se dijo con firmeza, y se volvió desalentada hacia el armario para ver si encontraba algo más. No había nada que ni remotamente pudiera ser apropiado para casarse con Jamie, y por un instante pen-

só en salir disparada a alguna tienda cercana a comprar un vestido. Entonces se dio cuenta de que ya eran casi las diez, y no tenía tiempo más que para peinarse y maquillarse. El cabello no tenía complicación, se lo iba a recoger hacia atrás y atar a la altura de la nuca, pero el maquillaje implicaba un equilibrio delicado entre tener el mejor aspecto posible y engañar poco. No podía intentar ocultar el tono cetrino de su piel, o las líneas de alrededor de los ojos, hoy, porque habría parecido que solo lo hacía para su boda, y sin embargo no podía evitar imaginarse a Jamie llevando al altar a alguien ojeroso y arrugado. Después de *todo*, tienes treinta y cuatro años, se dijo a sí misma con crueldad frente al espejo del baño. Treinta, decía en el carnet de conducir.

Faltaban dos minutos para las diez; no estaba satisfecha con su ropa, su cara, su casa. Calentó el café otra vez y se sentó en la silla junto a la ventana. Ahora ya no puedo hacer nada, pensó, no tiene sentido intentar mejorar nada en el último momento.

Reconciliada, convencida, intentó pensar en Jamie pero no pudo ver su cara con claridad ni oír su voz. Siempre sucede lo mismo cuando amas a alguien, pensó, y pasó del hoy y el mañana a un futuro más lejano, en el que Jamie se había consolidado como escritor y ella había dejado su trabajo, la futura casa dorada en el campo que habían estado preparando la última semana. «Antes era una gran cocinera —le había asegurado a Jamie—, con un poco de tiempo y práctica podré recordar cómo hacer un pastel de ángel. Y pollo frito —dijo, consciente de que estas palabras quedarían fijadas en la mente de Jamie, con cierta ternura—. Y salsa holandesa.»

Las diez y media. Se levantó y se dirigió decidida hacia el teléfono. Marcó, y esperó, y la voz metálica de la chica dijo: «...son las diez y veintinueve minutos». Atrasó su

reloj un minuto casi inconscientemente; estaba recordando su propia voz la noche anterior, mientras decía, de camino a la puerta: «Entonces a las diez en punto. Estaré lista. ¿Todo esto es de *verdad*?»

Y a Jamie riendo bajando hacia el vestíbulo.

A las once ya había cosido la costura rota del vestido estampado y había guardado con cuidado la caja de costura en el armario. Con el vestido estampado puesto, estaba sentada junto a la ventana tomando otra taza de café. Me podría haber vestido con más calma, al fin y al cabo, pensó; pero ya era tan tarde que podía aparecer en cualquier momento, y no se atrevió a cambiar alguna cosa sin empezar con todo de nuevo. No tenía nada para comer en casa, excepto la comida que había ido guardando para la vida en común que iban a empezar: un paquete de beicon sin abrir, una docena de huevos en su caja, un pan sin abrir y una mantequilla sin abrir; era para el desayuno del día siguiente. Pensó en bajar corriendo a la tienda a buscar algo de comer y dejar una nota en la puerta. Pero decidió esperar un poco más.

A las once y media se sentía tan mareada y débil que tuvo que bajar. Si Jamie hubiera tenido teléfono, lo habría llamado. En vez de eso, abrió el escritorio y escribió una nota: «Jamie, he bajado a la cafetería. Vuelvo en cinco minutos.» La pluma le manchó los dedos y fue al lavabo y se lavó, usó una toalla limpia que reemplazó. Pegó la nota en la puerta, inspeccionó el apartamento una vez más para comprobar que todo estuviera perfecto y cerró la puerta sin llave, por si él venía.

En la cafetería se dio cuenta de que no tenía ganas de nada salvo de más café, pero lo dejó a medias porque pensó que Jamie debía de estar arriba, esperando, impaciente, ansioso por ponerse en marcha.